

El presente del pasado

UNA PUBLICACIÓN DEL OBSERVATORIO DE HISTORIA

elpresentedelpasado.com

NÚMERO 68, 30 de diciembre, 2013, al 5 de enero, 2014

ESTA SEMANA

- Diana Salazar Tapia • Dalia Argüello • Israel Vargas Vázquez •
 - Aurora Vázquez Flores • Pedro Salmerón Sanginés • Benjamín Díaz Salazar •
 - Agustín Córdova • Luis Fernando Granados •
-

↔ LUNES 30

Recuento de “La historia y su enseñanza”

*Diana Salazar Tapia, Dalia Argüello
e Israel Vargas Vázquez*

El curso “La historia y su enseñanza: Un espacio de reflexión colectiva”, coordinado por miembros del Observatorio de Historia e impartido de manera quincenal en las instalaciones del Ateneo Español de México (agosto-noviembre de 2013), estuvo lleno de aprendizajes. Los compañeros que se sumaron a este proyecto contribuyeron con sus conocimientos individuales para que la experiencia fuera aún más enriquecedora de lo planeado.

Se cumplió con el objetivo: realizar una reflexión colectiva de cómo y por qué se enseña la asignatura de historia de manera institucional. Pero no sólo eso: también contemplar alternativas para poder impartirla de

maneras novedosas, sin perder de vista los requerimientos institucionales en cuanto a conocimientos básicos.

Los asistentes a las sesiones provenían de diversos contextos y formaciones académicas. Es por ello que las intervenciones no sólo iban encaminadas al plano disciplinario, sino también al didáctico y formativo. Se unieron al curso tanto profesores como estudiantes de la licenciatura y egresados; gente que se ha dedicado a la enseñanza de la historia en todos los niveles educativos: primaria, secundaria, nivel medio superior y aun nivel superior en el caso de los compañeros de la Benemérita Escuela Nacional de Maestros.

La estructura del curso nos permitió contar con la presencia de invitados especialistas para cada uno de sus diferentes módulos. Todos ellos generaron aprendizajes, sobresaltos y dudas, ya que lo que cada uno propuso dista mucho de lo que se ha practicado por años en el sistema escolar.

Sólo para dar una idea de las propuestas anotamos algunos ejemplos: el profesor Porfirio Morán, pedagogo e investigador del Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación de la UNAM, propuso repensar la relación docente-alumno desde una perspectiva crítica, para que los jóvenes sean responsables de su aprendizaje y de la manera en que son evaluados. Por otra parte, Roberto Fernández, especialista en historiografía y teoría de la historia, y que aborda en sus trabajos temas como la verdad en la historia, la objetividad y las fuentes, desde la perspectiva de la narrativa histórica que discuten autores como Michel Foucault, Hayden White, Paul Ricoeur y Carlo Ginzburg, señaló la necesidad de cuestionar el papel del historiador, los documentos que maneja y el discurso que construye a partir de él mismo y sus investigaciones. Por su parte Siddartha Camargo especialista en educación, funcionario de la Dirección General de Educación Superior para Profesionales de la Educación de la SEP, nos habló sobre la propuesta de educación histórica que se implementó a partir de la reforma curricular de las escuelas normales en 2012. Esta propuesta se dirige al ámbito de la educación básica, pero no por ello deja de ser relevante como experiencia que muestra una forma de relacionar nuestra disciplina con los niños, labor nada sencilla en la que han estado trabajando los compañeros normalistas. Finalmente, Rafael Guevara Fefer, especialista en historia de la ciencia y miembro del Observatorio de Historia, fascinó a la concurrencia con su comparación entre la disciplina histórica y la ciencia. Esta última ponencia fue muy reconfortante, pues la forma en la que habló de la ciencia no fue como la antagonista de la historia, sino más bien como su aliada.

Por otro lado, la diversidad de contextos nos hizo ver que no sólo los historiadores de profesión estamos dedicados a la labor de transmitir conocimiento sobre el pasado; también compañeros de disciplinas afines como antropólogos, etnólogos, escritores, artistas plásticos, normalistas, pedagogos y músicos—sólo por mencionar las profesiones de los compañeros que participaron en el curso— se

han ido acercando más a la práctica de la docencia de la historia.

Al finalizar este proyecto y recapitulando lo aprendido, queda mucho por hacer en cuestiones de enseñanza de la historia. La renovación es indispensable y también el diálogo entre docentes y académicos. La historia es un conocimiento que está más vivo que nunca, que precisa de mirar al alumno como protagonista y no sólo como observador o admirador del pasado en construcción.

Hacemos aquí el más grande reconocimiento para los compañeros que, no importando tráfico ni manifestaciones, estuvieron listos para compartir y enriquecer las sesiones de este curso. Un agradecimiento también para el Ateneo Español de México que nos abrió sus puertas, y a nuestra excelente anfitriona, Juventina Herrera Dublán, encargada de la biblioteca de esta institución. 🍷

✂️ MARTES 31 Y MIÉRCOLES 1

Reformismo y transformación

Aurora Vázquez Flores

La historia trata lo mismo sobre el presente que sobre el pasado porque tiene la cualidad de mostrar y entender aquello que cambia, que, en sentido último, es todo lo social. Parece una lección obvia, pero las cosas no siempre han sido como son ahora y, por tanto, no tendrían que serlo así en el futuro. La historia nos enseña sobre la posibilidad de cambio y transformación; esos complejos momentos en el devenir del tiempo en donde los actores-roles se ponen en movimiento y son agentes transformadorxs.

La aprobación de la ley federal del trabajo, en 1931, había movilizó grandes organizaciones obreras, que señalaban el retroceso que significaba la facultad del gobierno para determinar si una huelga era válida o no. En los años siguientes se veía un importante proceso de movilización y unificación sindical: el sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros de la República Mexicana en 1933, el Nacional Minero y Metalúrgico en 1934 y el de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana



Mobilización obrera en los años treinta.

en 1935. Para febrero de 1936, el Congreso Nacional de Unificación Obrera y Campesina reunía, según algunas cuentas, a unos 500 mil obreros (y, seguro, también a algunas obreras) representadxs en 2 800 sindicatos. (El porqué la CTM se convirtió en el siniestro aparato de corporativismo sindical que conocemos hoy requiere de una explicación más extensa y no corresponde a los intereses de este texto.) El hecho es que, en este periodo, los sindicatos se encontraban en un proceso de expansión; en cuanto a agremiadxs, sí, pero, aún más importante, en cuanto a la noción de que la unificación, la lucha conjunta —incluso con otros sectores— y la solidaridad entre clase son condiciones necesarias para el triunfo de los movimientos.

En mayo de 1937, el sindicato petrolero disputaba en una huelga contra las patronales extranjeras la unificación de su contrato colectivo de trabajo y algunas prestaciones, así como el control sobre las instalaciones petroleras y el proceso de trabajo. A pesar del laudo favorable de la Junta General de Conciliación y Arbitraje, y luego de su ratificación por la Suprema Corte, las empresas petroleras se rehusaron a acatar la sentencia, pues entendían que el conflicto versaba directamente sobre la

capacidad de un país para decidir acerca de su territorio y sus recursos, es decir, de su soberanía.

Lázaro Cárdenas tenía en mente la construcción de un estado nacional guiado por las principales reivindicaciones sociales que la revolución había planteado. Desde el inicio de su gobierno, la relación con lxs obrerxs movilizadxs se fue afinando en la medida en que la administración supo dar respuestas satisfactorias a una serie de demandas inmediatas del movimiento obrero. Éste, en respuesta, comenzó a ver con simpatía el proyecto político reformista de Cárdenas.

Así, cuando el conflicto entre sindicato y petroleras se definía en función de la defensa de la soberanía nacional, distintos intereses encontraron sincronía para su definición. Por un lado, el proyecto nacionalista revolucionario cardenista que buscaba afirmar las bases de un estado proveedor de garantías sociales y, por otro, la clase obrera organizada que, aunque bien heterogénea —y salvo sus claras excepciones—, apuntó, más o menos conjuntamente, a constituirse como parte de ese estado en el que veía la posibilidad de verse beneficiada, más o menos a largo plazo, por las reformas.

Por ello, la nacionalización de la industria petrolera está muy lejos de ser resultado de una sola decisión presidencial. Lo es, sí, de las movilizaciones civiles que, como el 23 de marzo de 1938, tomaron la calle para mostrar su adhesión al decreto y, aun más, para aportar recursos para la compensación que quedaba pendiente del gobierno mexicano. Y lo es también de todas aquellas manifestaciones que durante los años treinta configuraron el escenario político en el que se desarrolló el conflicto. Lo es de todxs aquellxs mexicanxs para quienes, consciente o inconscientemente, el nacionalismo fue un proyecto común.

El 20 de diciembre pasado, Enrique Peña Nieto promulgó las enmiendas constitucionales y artículos transitorios que constituyen su reforma en materia energética. Las modificaciones a los artículos 25, 27 y 28 constitucionales permitirán no sólo la incursión de capital privado, sino extranjero. El asunto es que ni la privatización ni la pérdida de dominio nacional sobre el sector energético es culpa —inicialmente— de esta reforma.

Como ya se ha **señalando**, en 2013 la Comisión Federal de Electricidad tuvo pérdidas por 35 mil millones de pesos cuando gasta unos 177 mil 192 millones de pesos en contratos para comprar energía eléctrica. La CFE le compra a diversas empresas privadas, entre ellas a una firma española de nombre Iberdrola. en cuyo consejo de administración se encuentra Georgina Kessel —secretaria de energía en la administración calderonista—. Así se explica que en 2009 Felipe Calderón haya decidido extinguir legalmente Luz y Fuerza del Centro, con la excusa de que la empresa tenía pérdidas por 30 mil millones de pesos.

El problema de la privatización de sectores estratégicos y su apertura al capital extranjero viene de más atrás y se manifiesta en muchas otras cosas. Si la “guerra contra el narco” tuvo tan pobres y confusos resultados es porque poco tenía en contra del narcotráfico. Hacia 2010, las cifras ya apuntaban que en la mayoría de los casos de desapariciones forzadas, asesinatos y violaciones a los derechos humanos, las víctimas eran hombres jóvenes de bajo

estrato socioeconómico. Los casos de crímenes cometidos por miembros del ejército o la policía federal aumentaron exponencialmente y en lugares como Ciudad Juárez el índice de criminalidad no bajó —aunque sí cambió el tipo de delitos y, sobre todo, su cobertura en los medios.

La situación de violencia generada por el crimen organizado y las fuerzas castrenses en gran parte del país funcionó, desde sus inicios, para templar el descontento social. La idea de que las manifestaciones en las calles ya no son útiles para la resolución de demandas es de la derecha —siempre lo ha sido— y en muchos lugares del país esta idea se impuso gracias a los medios de comunicación y al acoso sistemático a lxs luchadorxs sociales. La estrategia de criminalización de la protesta social sirvió para inclinar la correlación de fuerzas a favor de los grupos de poder en nuestro país —proceso que ahora ocurre en el Distrito Federal con el protocolo de control de multitudes de Miguel Ángel Mancera.

El PRD, como se ve claramente en el DF, se sumó desde hace años a estos grupos de poder que rigen el país, cuya visión ha dejado bien atrás las reivindicaciones sociales, el nacionalismo y el estado benefactor. Los tres partidos políticos mayoritarios decidieron firmar el “pacto por México”, acuerdo del que mucho se ha hablado y cuyo papel es mantener el carácter cupular de las discusiones y los acuerdos que guían las políticas públicas, manteniendo excluidos a amplios sectores de la población. La supuesta oposición del PRD a la reforma energética es irrisoria si uno piensa que sus militantes votaron a favor de la misma. También lo es considerar la posibilidad de una huelga de sus gobernadores y legisladores cuando sus intereses coinciden con la privatización del sector energético.

En los últimos meses, dos referentes importantes han generado una oposición notoria a las reformas actuales: Morena y la CNTE. El primero asume que todos los sectores en resistencia deben de alinearse a su retaguardia, sumarse a sus convocatorias y asumir su agenda bajo una dirección carismática y, además de todo, bastante precaria. El cerco al senado

anunciado por López Obrador, lamentablemente, sirvió como escenario para sesiones catárticas de algunos cuantos. Más allá, nada. El caso del magisterio disidente es más complejo; su base de apoyo es mayoritariamente rural y, sobra decirlo, pobre. A pesar de ser un sindicato con larga tradición de lucha y organización, y de haber sacado a miles de docentes y padres de familia a las calles, no logró detener la reforma educativa.

El problema de la privatización de los energéticos no es, obviamente, el problema de fondo en México. El problema es que en nuestro país ha triunfado la visión de los grupos en el poder. Esta visión que pone primero al dinero que a la vida. Al mercado que a las necesidades sociales. A la apariencia que a la conciencia. Este texto, por supuesto, no puede resolver la pregunta sobre qué hacer al respecto. Sin embargo, resulta esencial llevar a cabo una reflexión profunda sobre qué tipo de movilización es necesaria y qué instrumentos políticos tenemos y construimos para ver si, con suerte, transformamos el futuro de nuestro país como lo hicieron allá en la década de 1930. 🍷

⚡ JUEVES 2

Falsificadores de la historia y reforma energética

Pedro Salmerón Sanginés

Cuando en abril de 2012 inicié la serie de artículos en *La Jornada* contra los falsificadores de la historia, encontré que, entre muchas cosas, todos ellos han sido fervientes partidarios de los gobiernos neoliberales (uso el *neo* con toda intención, porque la mayoría de ellos abomina de los liberales juaristas). Su falaz “desmitificación” parece tener precio.

¿Todos? Sí, todos. Además de a Enrique Peña Nieto, durante casi dos años denunciarnos, con pruebas, a Armando Fuentes Aguirre Catón, Luis González de Alba, Luis Pazos, Enrique Sada Sandoval, Macario Schettino, José Manuel Villalpando y Juan Miguel Zunzunegui como falsificadores de la historia. Desde el principio señalamos el carácter frau-

dulento de su trabajo y también su intención política, que se manifestó claramente en estos meses, cuando unánimemente aplaudieron la reforma energética del PRIAN.

Armando Fuentes Aguirre ha escrito sobre ello tres o cuatro veces en todos los periódicos que lo publican (*Milenio*, entre ellos). Por ejemplo, el 11 de diciembre de 2013:

Sobre la reforma energética me atrevo a opinar que significa un avance en el camino que se debe recorrer para quitarle al petróleo su carácter de sagrado y hacer de él un bien cuya extracción y venta se conviertan en beneficio real para los mexicanos.

Sin embargo, el adjetivo *sagrado* hace referencia a una nueva mentira de la que me ocuparé al final.

Luis González de Alba (*Milenio*, 22 de julio de 2013) afirma categóricamente: “La propuesta del PAN, según el cuadro ilustrativo de *Milenio*, es magnífica.” Y luego, puesto que es un gran “desmitificador”, recurre a la historia para justificar la entrega: repite la misma mentira de Peña Nieto.

Luis Pazos es, desde hace décadas, uno de los grandes propagandistas del reformismo neoliberal. Nada dice del desastre social y económico que esas reformas han causado ni de los beneficios personales que obtuvo como funcionario público. Extraño sería entonces que no fuera uno de los más denodados jilgueros de la reforma. También reitera, machacona, la nueva mentira que mencionaré al final.

Es muy difícil orientarse entre los adjetivos llenos de hiel y la peculiar falta de respeto a la sintaxis de la lengua castellana del señor Enrique Sada Sandoval, pero algo podemos deducir cuando escribe al final de un artículo por demás abstruso:

Y una vez que reparamos en lo anterior; esto es, en la superchería ideológica con la que nuestra fauna política comulga, es que comprobamos con no menos espanto lo que de antemano hemos visto durante las últimas semanas dentro y fuera del Congreso de la Unión: que quienes lloran por la llamada

“reforma energética” son tan congruentes en lo que dicen como inconsecuentes en lo que hacen, más allá de lo que se supone que “piensan”, y algo mucho peor: que siguen creyendo en todos aquellos mitos, *cómics* y leyendas impartidas como dogma en las clases de historia que todavía se les imponen desde la SEP [*Milenio*, 17 de diciembre de 2013].

Don Macario Schettino es también un abierto partidario de la reforma de Enrique Peña Nieto: “creo que lo mejor que tenemos a la mano es lo que propone el gobierno federal”, escribió en el *blog* de *El Universal* el 19 de agosto pasado. En varias ocasiones reiteraría esa posición y, acostumbrado como está a mentir, llegaría a la más reciente de las mentiras de los entreguistas. Dos tipos de personas se oponen a la reforma energética, dice: algunos políticos “que no tienen otro camino que oponerse a lo que sea” y defienden sus intereses, y “otro grupo de personas” que no defienden sus intereses sino “sus creencias”:

Muchas personas educadas bajo el régimen de la revolución en los mitos del nacionalismo revolucionario siguen creyendo que es mejor que el estado lleve a cabo ciertas actividades porque lo hace con objetivos sociales. Aunque ese argumento creo que fue refutado por Adam Smith hace ya casi 250 años [*El Universal*, 13 de agosto de 2013. Si él cree debe ser correcto].

José Manuel Villalpando ha mantenido un perfil discreto, intentando que olvidemos el tema de la Estela de Luz, de modo que, hasta donde busqué, no ha opinado sobre la actual reforma priarista, pero sí aplaudió la propuesta precedente —de idéntico espíritu— enviada al congreso por su amigo Felipe Calderón (sí, lectora, lector amigo: aquélla a la que se opuso Manlio Fabio Beltrones porque... ¿por que él no cobraría los dividendos?)

En fin, según Zunzunegui urge enseñarle a México su “verdadera historia” para trascenderla y poder instrumentar las reformas neoliberales, como abrir el sector petrolero a la

iniciativa privada para que ahora sí sea fuente de riqueza, pues la expropiación petrolera fue solamente un golpe publicitario de nefastos resultados (Juan Miguel Zunzunegui, *La historia de una matanza por el poder: El gran mito de la revolución* [México: Editores Mexicanos Unidos, 2010], 141 y 146).

En todos los casos, de manera directa o indirecta aparece la nueva mentira llevada a expresión artística o amenazadora por Manlio Fabio Beltrones el 18 de diciembre, cuando calificó de “hipócritas nacionalistas” a quienes defendemos la exclusividad de la nación sobre la explotación de los hidrocarburos frente a los “cambios obligados”. El sonorenses añadió que el mayor riesgo del país es

[...] no hacer nada o seguir a aquellos que no proponen nada y se quedan paralizados por el tiempo y la derrota. Hoy avanzamos aquellos que quisimos construir. Y atrás se quedaron los que no tienen nada que ofrecer más que su amargura.

Ese sólo párrafo contiene al menos cuatro mentiras, pero quiero llamar la atención sobre una, que esgrimen políticos y legisladores priaristas, “líderes de opinión” y falsificadores de la historia: no, señores, quienes nos oponemos abiertamente a la reforma que entrega nuestros hidrocarburos a los grandes depredadores transnacionales (Exxon, Chevron, Shell y British Petroleum) presentamos propuestas muy claras para sacar a Pemex del limbo al que lo han llevado los gobiernos neoliberales. No mientan diciendo que nos oponemos al cambio: nos oponemos a la traición. Hablaremos de esta mentira en una siguiente entrega 🍷.

🍷 VIERNES 3

Eclipse de sol en el DF

Benjamín Díaz Salazar

La alternancia política se pensó por mucho tiempo como una utopía. Sin embargo, en las postrimerías del siglo xx apareció “un rayito de esperanza” que colocó a un joven partido al frente de un gobierno. A tan sólo

ocho años de ver la luz, el Partido de la Revolución Democrática ocupó el cargo de la recién creada Jefatura de Gobierno del Distrito Federal. Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano fue el encargado de timonear el velero capitalino.

Su gestión permitió el esparcimiento de los ideales perredistas a lo largo y ancho del Distrito Federal. Poco a poco, los gobiernos delegacionales fueron ocupados por partidarios amarillos, que solidificaron el proyecto alternativo de la capital. Con miras a la contienda electoral de 2000, Cuauhtémoc Cárdenas heredó el cargo a Rosario Robles, una mexicana con una carrera política significativa, que en su corta gestión abrió paso a la discusión sobre el aborto, a través de la llamada ley Robles.

En 2000 resultó electo el tabasqueño Andrés Manuel López Obrador. Con él inició una etapa nueva para el Distrito Federal. Los programas sociales, las obras públicas y otras acciones emprendidas, popularizó aún más al PRD en el Distrito Federal. Entre videoescándalos e intentos de desafuero, contendió contra Felipe Calderón Hinojosa, Roberto Madrazo, Patricia Mercado y Roberto Campa por la silla presidencial en 2006.

El ejecutivo capitalino quedó en manos de Alejandro Encinas, quien en pocos meses abrió la discusión sobre las “sociedades de convivencia” en la capital. Pronto entró estruendosamente al gobierno ciudadano Marcelo Ebrard Casaubón, un personaje con una larga carrera política que supo seducir a una significativa porción de la sociedad para sumarse al proyecto perredista.

Los gobiernos capitalinos se habían caracterizado por mantener una clara distancia respecto a las administraciones federales. Especialmente durante las gestiones de López Obrador y de Marcelo Ebrard el trecho entre la jefatura de gobierno y la presidencia de la república se volvió abismal. Fueron escasas las reuniones que mantuvieron ambos ejecutivos, limitando el trato a asuntos de emergencia.

Poco a poco el Distrito Federal se colocó como líder en proyectos alternativos, lo que generó un alto índice de reconocimiento al partido en el poder. La popularidad de Ebrard

se volvió avasalladora. Próximas las elecciones del 2012, a muchos nos pareció el idóneo candidato presidencial por el partido amarillo. Su sucesor a la jefatura de gobierno fue Miguel Ángel Mancera, quien parecía un personaje que daría continuidad a los proyectos que hasta ese momento, el PRD había iniciado.

Con una contundente mayoría, Mancera inició su gestión hace un año. Con un sentimiento de vergüenza agregaré que fui de aquellos que permitió su victoria. El desencanto ciudadano que se ha generado desde su llegada a la jefatura de gobierno es impactante. Su evidente cercanía con el titular de la presidencia ha generado una serie de descalificaciones y críticas en su contra.

Sus iniciales acciones de represión marcaron el inicio de un gobierno que se ha caracterizado por “mantener el orden” a su manera. El impresionante apoyo que brinda a las fuerzas policiales es quizá su peor carta de presentación. Paso a paso, la capital de la república se ha vuelto un punto donde la presencia de granaderos y policías es cotidiana. El desfile diario de cientos de elementos armados por zonas “de riesgo”, como zonas universitarias o culturales, es una realidad.

Iniciativas como la alza al precio del metro, son “otra raya más al tigre”. En este particular caso destaca su contradicción respecto a las promesas de campaña, donde estableció que no habría incremento alguno durante su gestión.

Lo cierto es que, con tan solo un año de gobierno, Ernesto P. Uruchurtu ha eclipsado el influjo que el sol azteca tenía en el Distrito Federal. Muestras del desprecio popular se han hecho evidentes, como el caso de su estruendoso **abucheo** durante el informe de gestión de su partidaria Dolores Padierna a mediados del mes pasado. Es claro que el desencanto que ha generado Alfonso Corona del Rosal tendrá fuertes consecuencias en las elecciones de 2018. El PRD pierde día a día un votante en el Distrito Federal. Ignoro si sea parte de un plan político de mayor alcance, pero lo cierto es que el gobierno de Carlos Hank González está construyendo un incierto futuro amarillo en la capital. 🍷

Los pecados de @DonPorfirioDíaz

Agustín Córdova

En una de las conferencias magistrales del III Congreso Internacional de Historia y Literatura, celebrado en la Universidad de Guanajuato en 2010, Antonio Rubial conminó a todos los historiadores que estuvimos presentes a escribir y entrar de lleno al campo de la novela histórica, toda vez que el público lector acrecienta su interés en adquirir y leer obras que pertenecen a ese subgénero literario tan poco explorado por los historiadores. Lo hizo también porque uno de los problemas actuales de la novela histórica, según señaló, consiste en que (en su mayoría) los escritores construyen sus relatos en contextos históricos “débiles”, con una documentación histórica enclenque e interpretaciones poco verosímiles; en el peor de los casos, los escritores repiten ideas caducas sobre la historia como formas de explicación vigentes.

En aquel año, Pedro J. Fernández (1986) se desempeñaba ya como instructor de seguridad informática, luego de haber egresado como ingeniero en computación y electrónica de la Universidad Iberoamericana. En una tarde, según cuenta, de “aburrimiento”, decidió abrir en *Twitter* una cuenta llamada @DonPorfirioDíaz —sin augurar el éxito que tendría: 153 833 “seguidores” hasta el día de hoy—. Tiempo después, todavía con la cosquilla universitaria de la escritura (tengo entendido que sus primeros intentos fueron cuentos históricos, sin ganar certamen alguno), tuvo la oportunidad de publicar una novela histórica sobre el porfirato: *Los pecados de la familia Montejo* (México: Grijalbo, 2013).

Si bien el presente texto no es una crítica literaria sobre la obra en cuestión, considero necesario hacer unas puntualizaciones. De entrada, hay en ella varios errores ortográficos, erratas que bien podrían ser responsabilidad de Grijalbo en su afán por tener impresa la novela lo más rápido posible. En cuanto a la redacción, el comité editorial (si es que hubo

alguno) dejó al autor con toda libertad, lo que le permitió incluir frases inaceptables como “fue entonces”, además de una reiteración de palabras que, página a página, se convierten en coctel favorito del autor y náusea tremebunda para el lector: *átomo*, *partícula*, *gruñido*, *bufido*, *camafeo* y *asco*, entre otras tantas, se repiten a diestra y siniestra para explicar todo tipo de acciones y situaciones.

Dejando a un lado las cuestiones técnicas, el núcleo temático de la novela es un vaivén entre el amor y el odio. Dicha oscilación se presenta en torno a la protagonista, Beatriz Montejo. La obra tiene una trama sencilla: Beatriz, una mujer de clase alta, de inamovible creencia religiosa y apego familiar inmarcesible, hace todo lo posible para mantener en pie cada uno de esos tres pilares que la conforman. Con una trama de tales características, bastaba con colocar la historia en cualquier contexto, cualquier cronotopo que permitiera desarrollar el conflicto y por ende el núcleo temático. Como si Fernández hubiera empleado un calzador, el porfirato entra a la fuerza como contexto de la novela.

En cuanto a sus contenidos históricos, no hay algún elemento que marque la diferencia entre el porfirato (tiempo que gobernó Porfirio Díaz) con el porfirismo (ideología política, económica, social y cultural divulgada por el gobierno de Díaz). Hay elementos que no se tratan y que hubiesen dado más validez a la propuesta de recrear el contexto histórico del porfirato, como la entrevista Díaz-Creelman —acontecimiento histórico fundamental y que es omitido sin justificación alguna de la obra—. ¿Qué acontecimientos históricos hay en la novela? Como tal, sólo aparece la “decena trágica”, que obviamente no es propia del porfirato. Aunque Díaz aparece en la novela, sus participaciones son muy reducidas (quizá

Esta *newsletter* es una publicación semanal del Observatorio de Historia, donde se recogen los textos aparecidos en elpresentedelpasado.com
Sus editores son Halina Gutiérrez Mariscal,
Fernando Pérez Montesinos
y Luis Fernando Granados.
Toda correspondencia debe dirigirse a
observatoriodehistoria@gmail.com

para asegurarse de no cometer algún tipo de anacronismo histórico), pero necesarias para el autor en tanto se vale del personaje histórico para fundamentar a sus propios personajes.

Trama pétrea, contexto histórico que se resuelve con sólo hacer mención de un par de datos y personajes, más necias metáforas cada vez más irrisorias convierten al libro en una mal llamada novela histórica, pero novela histórica publicada a fin de cuentas. Así, recuerdo con mayor ahínco y reafirmo mi creencia en lo dicho hace tres años por Rubial: los historiadores debemos acercarnos a la novela histórica para ir a contrapelo de literatos y escritores que escriben novela histórica sin conocimiento alguno de la historia y el devenir histórico. 🍷

↔ DOMINGO 5

No Country for Old Whiteness

Luis Fernando Granados

Twenty seven years from now, according to the latest U.S. Census Bureau estimate, a little more than 50 percent of the United States population will belong to demographic groups other than the “non-Hispanic single-race white” cluster—which in 2010 still amounted to 63.7 percent of the 308 745 538 people living in the United States. In the language of the bureau, that means that by 2041, if not earlier, the United States will become a “majority-minority” country for the first time in history. (A first, widely publicized report, [released](#) in December 2012, set the date as 2043; the second date comes from an updated version of the report, [released](#) last May.)

It is hard to underestimate the significance of such a shift, since most people in the world—U.S. nationals as well as the rest of us—are still in the habit of considering the United States a *white* country, peppered at best with some “minorities.” It does not matter if reality keeps showing that this is not just a country of white people: the myth’s strength lies precisely in its ability to frame all things “other”—African, Asian, Native, Hawaiian,

or Spanish-speaking—as exceptions to the white canon. (Hyphenation practices are just a tiny example of this, but they are nonetheless revealing of the myth’s power: whereas the identity of all “not really” Americans is usually established by the use of a dash, no one really talks of British-Americans, Anglo-Americans, or Euro-Americans, except perhaps in southern Texas and within academia.)

Gross and incorrect as it is, the presumption of U.S. whiteness has until now been somehow backed by demographic fact, for “census whites” have indeed been the vast majority of the U.S. population from the first demographic count conducted in 1790—never under 80 percent, and with an intriguing peak reaching 89.9 percent in 1930 (see the figures [here](#)). The demographic profile-in-the-making is thus of truly tectonic proportions. Forget the Eire canal, Ford’s model T, or the Internet: this approaching shift will in fact be the most significant transformation ever experienced by the United States. As some people have already [noticed](#), it will be tantamount to a general identity crisis, and calls for a deep reevaluation of the country’s character.

Somewhat buried in the tables and other documents made available by the census office, however, a couple of pieces of information suggest that the demise of “white America” has already occurred, will happen earlier, or conversely will not take place at all. At any rate, they do indicate the extent to which the very notion of *whiteness* is a curious fiction that has very little to do with skin color or geographic ancestry but instead with the politics of social classification—in other words, with the convoluted and far from preordained process by which English whiteness was forced to accommodate first Scottish, Dutch, German, Scandinavian, and French types, then Irish, Spanish, Portuguese, and Italian breeds, and lately, and rather reluctantly, Slavic, Greek, and Ashkenazim specimens.

On the one hand, consider the fact that the census [defines](#) *white* as “a person having origins in any of the original peoples of Europe, the Middle East, or North Africa.” In

addition to all people who marked the corresponding box on the census booklet, in 2010 the census office added everybody “who reported [...] Middle Eastern entries, such as Arab, Lebanese, and Palestinian; and North African entries, such as Algerian, Moroccan, and Egyptian.”

The other case is even more paradoxical. Most likely because the census has no provision for people who might consider themselves *mestizas* or mulattoes—it only allows for multiple-race registration, which is obviously not the same; and it requires peoples of indigenous descent to list their “tribe,” which is something few if any person of Latin American descent could be able to do—most Hispanics checked only the “white” box in the 2010 census (52.97 percent of 50 477 594

people, or 8.7 percent of all residents in the United States). When this group’s growth is projected, and its numbers are added to the “non-Hispanic single-race white,” it turns out that there will be no decline: by 2060, 68.91 percent of the population—estimated by then to be 420 268 000 people—will still consider themselves white only.

If whites may not be the same thirty or forty years from now, just as now they are not what they used to be a century ago, an important implication of the demographic forecasting done by the census office is that the emerging future of the United States begs also for a new history—a very different account of the forces and spaces that have shaped and continue to shape the social experience of the peoples of this country. 🍷